

SENDAS Y ENCUENTROS DE UN GURÚ N° 6

DE SORPRESA EN SORPRESA CON EL GRAN GURÚ

Convivir con el Gran Gurú Dr. José Manuel Estrada era caminar por el sendero de la vida, entre escenarios de sorpresas y más sorpresas. Los asuntos más complejos, inesperados o desconocidos podían llegar a verse con naturalidad y hasta como una cuestión de sentido común. Y los más simples, naturales y cotidianos podían tener un significado trascendente y hasta misterioso. Las explicaciones del porqué, cómo o para qué sucedían los acontecimientos en cada escenario, parecían como ya vividos por el Maestro; nos los interpretaba con una confianza y destreza asombrosas.

La confianza que tenía en sí mismo la expresaba de muchas maneras, que iban desde las respuestas directas y contundentes, otras amigables, o con algunas contra preguntas y también con bromas para aligerar el ambiente. Hacía gala de maneras distintas para responder, caracterizándose siempre por sus respuestas frescas y espontáneas en cada ocasión.

Su didáctica era inigualable, por lo pragmático y fácil del lenguaje que usaba, como por la autenticidad que mostraba en todo lugar. No recuerdo haberle visto acartonado o con falta de adaptación a las circunstancias. Estas y algunas otras características, provocaban entre sus acompañantes o en nosotros, sus discípulos, algunos comentarios, más preguntas, lo que hacía de esos momentos coloquiales, memorias inolvidables y siempre ricas por sus diferentes matices.

Presencí en carne viva, la forma cómo trataba a personas letradas en ciencias y filosofías, digamos cultas, pero también cómo interactuaba y compartía con personas sencillas y muy humildes, de escasa comprensión. Con su presencia y diálogos, todos parecían encontrar alguna respuesta a sus búsquedas.

Los lenguajes con que nos transmitía sus vivencias y conocimientos eran muy diversos. El lenguaje verbal era claro, sus conceptos se sentían profundos sin dejar de sentirse frescos y sorprendentemente creativos.

Pero con su comunicación no verbal, podría decirse que era aún más impresionante lo que nos comunicaba. Su figura, gestos, la maestría al manejar sus manos y cuerpo, los cambios de voz y actitud continuos, la pulcra caballerosidad y elegancia, la escucha a lo que decían los demás en todo momento, las respuestas a todo lo que sucedía, el particular sentido del humor que lo hacía verse picarón y a veces llegar a reírse como un niño a carcajada suelta o mostrándose con su peculiar romanticismo de trovador venezolano.

A más de su aspecto de por sí original, nos transmitía algo muy especial con la sola imagen de profeta o mago, con su capa y vestiduras inmaculadamente blancas y relucientes que llevaba con mucha elegancia. Los ambientes se transformaban con su presencia; el amor que despertaba en sus discípulos era muestra de su gran humanidad y transpersonalidad. Todo ello y aún más recuerdos difíciles de expresar en palabras, nos llenaban todos los sentidos

aunque no hubiera hablado. Podría decir que su comunicación era un esplendor de mil tonalidades que llenaban cualquier atmósfera.

El Maestro se presentaba a sí mismo ante la prensa como “El Gran Gurú Dr. José Manuel Estrada”, pero en el trato de persona a persona siempre le vi dar la mano, que acompañaba con su clásico “José Manuel Estrada, para servirle”. El título de Gurú y aún más el de Gran Gurú, llamaban mucho la atención en aquellos tiempos en que la cultura oriental empezaba a sentirse en el ambiente, como respuestas a la búsqueda de una espiritualidad exótica y misteriosa.

Si bien la palabra Gurú está asociada con el Yoga, disciplina que él difundió durante toda su Misión, no le gustaba que lo confundieran con un asceta, faquir o místico oriental. Cuando le preguntaban al respecto de sus títulos, aprovechaba la oportunidad para aclarar las diferencias entre un Iniciado y un religioso o asceta oriental, especialmente con los provenientes de la India.

Un día nos explicó que el título de Gurú, y luego el de Gran Gurú, los usaba por una recomendación que le hiciera su Maestro, el Dr. Serge Raynaud de la Ferrière, en el sentido de que era importante volver a darle brillo y prestigio a ese título de Gurú, explicándole que en el pasado correspondió a los Grandes Maestros y Rishis que aportaron mucho a la Humanidad de su tiempo y a las generaciones posteriores de todo el planeta. Sin embargo, algunos de los llamados Gurús, habían desprestigiado tan noble rango espiritual, y había que revalorarlo.

Nos explicaba que un Gurú es aquel que cumple con la Misión Sagrada de la Tradición de los Iniciados, y debe dedicarse a servir a los seres humanos para “disipar las tinieblas”. En otras palabras, las tinieblas aluden a la ignorancia que tenemos sobre nosotros mismos como Seres y como humanos, así como sobre la vida en la que estamos inmersos y tenemos nuestro Ser.

Para asumir tan elevada misión, debía confirmar su capacidad de trascender sus necesidades básicas humanas, especialmente el sexo y el dinero. Para establecer este nuevo estado de conciencia, tenía que demostrarse a sí mismo si era capaz de vivir por una etapa, en un peregrinaje por el mundo, sin tocar dinero, sin tener relaciones sexuales, especialmente genitales o de compromisos interpersonales, durmiendo en el suelo, etc...

Era imperativo que antes de que dedicara el resto de su vida a instruir a los seres humanos que buscan el paso consciente a la trascendencia, él mismo superara esos miedos y comprendiera las verdaderas necesidades trascendentales del SER. Esa conexión con lo superior debía establecerla sin dudas o miedos, para enseñar con el ejemplo en tan elevada Misión.

En otra ocasión, me explicó que ese título de Gran Gurú se lo dieron en una ciudad cuando estaba en su peregrinaje, y de ahí en adelante lo adoptó públicamente. Su mismo Maestro le había indicado que podría llegar a usar el

título de Sat Gurú o Maestro Divino, máximo título en la escala de la Tradición del Yoga.

También me comentó que otra de las acepciones para Occidente del término de Gurú es el de “Instructor”, por dedicar su vida al oficio de aclarar, educar, dirigir e inspirar a aquellos que están buscando un camino de crecimiento humano. Como un discípulo cercano a su vida por más de 8 años, muchas de estas virtudes y habilidades y aún algunas otras más, afortunadamente las pude percibir materializadas en un ser humano de carne y hueso al convivir con mi Maestro.

La personalidad y lo que brotaba del Gran Gurú tenía matices que iban desde lo muy sublime, arquetípico, mesiánico, como en los asuntos propios de un coloquio entre amigos o por el buen consejo de un padre amoroso o un venezolano dicharachero y simpático. Todo esto se daba como la luz de un mismo diamante cristalino, muchas caras y coloridos..., pero sin dejar de ser el Gran Maestro.

Un día en el que varios discípulos estábamos sentados en el cuarto del entonces Consejo Regional de Monterrey de la Casa Sede de Monterrey, escuchando una entrevista de prensa. Al finalizar, decidimos abordarle antes de que se pusiera de pie, para no dejar escapar la ocasión de aprender algo y hacerle varias preguntas, para aprovecharle al máximo.

Alguien le preguntó: “Maestro, ¿qué es el Raja Yoga? ¿Por qué el Muy Sublime Maestre lo menciona como el Yoga de los Maestros, pero en otros lados solo lo explican Ramacharaka o Vivekananda como un Yoga mental?”.

Rascándose la barba y mirándonos con un poco de desenfado contestó: “Bueno, si es Yoga de Maestros, ¿para qué la quiere usted? A lo mejor se me enreda más de lo que ya está”. Sonrió y continuó diciendo “Es que ustedes quieren almacenar conocimientos y seguir pensando y pensando, pero sin haberlo vivido. Miren, el Raja Yoga es una vivencia muy profunda”.

Otro de los presentes le volvió a preguntar con tono ingenuo: “Díganos algo, Maestro, aunque sea un poquito, ¿no?”, a lo que el Maestro respondió: “Muy bien, veo que quieren aprender, entonces les voy a decir cómo la practico yo. Lo que les voy a decir son mis vivencias; espero que no se me hagan pelotas”.

Rió e inmediatamente cambió a un tono serio y solemne: “Cuando voy por el mundo y se presenta ante mí mucha abundancia y generosidad de la vida, entonces recuerdo y siento cómo en este mundo hay muchas personas que no tienen, y me digo: “Bueno, José Manuel, a ellos les falta. Tú ya sabes lo que es no tener”. Me polarizo y no me empalago con la abundancia. Y cuando se me presentan situaciones donde no tengo algo, inclusive qué comer, entonces pienso que en muchas ocasiones la vida ha sido muy generosa conmigo. El Raja Yoga es el arte y ciencia del Yoga que trabaja la transmutación mental; es vivir con la maestría de la polaridad en todo momento, para siempre estar en el centro, en equilibrio”. Nos dejó sorprendidos y callados y se levantó sin que ya nadie le preguntara más.

Asistir a las conferencias de mi Maestro fue para mí y para muchos un impacto inolvidable. Los temas tratados y la forma de exponer sus conocimientos nos trasladaban a un mundo oculto y luminoso a la vez, de la sabiduría humana y de una comprensión no común de la naturaleza del Hombre y de los mismos misterios del universo.

No solo recibíamos de él aspectos que eran comunicados a nuestras mentes como conocimientos, sino que nos transmitía su visión, su sensación, su experiencia, lo que sin darnos cuenta por un momento cambiaba nuestra actitud, que desembocaba en un permanente asombro; era una magia transformadora de estados de conciencia compartidos.

Recuerdo entre algunos de los títulos de conferencias a las que asistí: “Qué le pasa al Hombre después de la muerte”, “El fin del mundo y la aparición del Hijo del Hombre”, “La célula familiar”, “El libro de los cielos y sus misterios”, “El retorno del Cristo en la Nueva Era”; “¿Existen seres en otros mundos?”, “La espiritualidad Solar y Lunar”, “El sol es frío”.

De las conferencias, notaba que para entender a la vida recurría mucho a una propuesta que él mismo desarrolló, que llamaba “La Ley de conjuntos de conjuntos”, según la cual la materia está compuesta por partículas de energía, la energía por partículas de mente, la mente por partículas de espíritu y el espíritu de partículas divinas.

Esa y otras concepciones nos llevaban a descubrir el mundo desde otras perspectivas. Cumplía con lo que el Dr. de la Ferrière, su Maestro, proponía: tender un puente entre la ciencia y la religión. Continuamente establecía ese nexo entre las ciencias materialistas y los conocimientos esotéricos, a lo que agregaba sus experiencias personales.

Todo parecía lógico y entrelazado a la perfección si él lo explicaba. Los conceptos contrastaban con su personalidad imponente, los manejos de su capa y su tan especial voz profética, que parecía provenir de un trueno o el rugido de un león o de regiones ignotas del ser humano.

Algo que podría explicar más lo que pasaba cuando el Gran Gurú daba sus conferencias, es que el tiempo corría mientras nosotros los asistentes nos envolvíamos en su magia humana y divina, lo que al final de cuentas daba por resultado que la audiencia no se movía hasta que él finalizara sus magistrales conferencias, llenas de sorpresas y más sorpresas.

Gurú Javier Eugenio Ferrara
11 de agosto del 2008

<http://guru javier ferrara.blogspot.com/>

guruiferrara@gmail.com